



RECONOCIMIENTO A OBRA DIDACTICA.— El Ministerio de Educación ha declarado "texto auxiliar" para la enseñanza en humanidades el libro titulado "Otra Comarca", del cual es autora María Flora Yáñez. En el grabado puede observarse a la escritora junto al jefe del Departamento de Cultura y Publicaciones, señor Hugel Hernández, en los momentos de hacer entrega de los primeros ejemplares a la señora Yáñez

PATRIMONIO UC

## "OTRA COMARCA"

MEMORIAS DE MARIA FLORA YAÑEZ, 3ª EDICION. ESTE MAGNIFICO LIBRO HA SIDO DECLARADO TEXTO AUXILIAR PARA TODOS LOS COLEGIOS DE CHILE POR EL MINISTERIO DE EDUCACION. Edición de Lujo ... .. E° 10.-

## "ANTOLOGIA DEL CUENTO CHILENO MODERNO"

de la misma autora. Agotándose ... .. E° 9.-

EDITORIAL DEL PACIFICO

Alonso Ovalle N° 766

Solicítense en cualquier librería.

### Homenaje Suspendido.—

La escritora señora María Flora Yáñez agradece a la Sociedad de Escritores, la comida que ha pensado ofrecerle con motivo de haber sido declarado texto de los colegios su libro "Otra Comarca", pero, por inconvenientes insubsanables, se excusa de asistir a ella.

# De "OTRA COMARCA"

Por María FLORA YAÑEZ

La autora, de sobra conocida en la Literatura Sudamericana, ha tenido un "Premio Atenea" y "Premio Municipal". Ha publicado once libros entre cuentos y novelas. Con su novela "Donde está el Trigo y el vino", ha logrado la superación definitiva de toda su labor, consiguiendo admirable dominio de análisis y sobria elegancia expresiva.

**L**A VEO LLEGAR una noche, a las nueve, enjuta, apergaminada y rubia, con esa edad indefinida de algunas inglesas que fluctúa entre los veinticinco y los sesenta años. Llevaba en la mano una maleta vieja, y sobre los rizos, recién salidos del bigudi, un sombrero pasado de moda, amarillento y marchito.

—"Miss Hutchinson... Soy Miss Emily Hutchinson...", balbuceó en inglés, con una pobre voz cohibida cuando, tras el campanillazo nervioso, nos precipitamos todos a la puerta de entrada. Sacudí la mano de mis padres en un "shake hand" vigoroso, y mirándome con simpatía me preguntó mi nombre. Guardé silencio:

—Conteste, ordenó mi padre, severo. Es la institutriz inglesa que llega de Europa.

—Nunca le contestaré, respondí tímidamente. No me gusta...

Mis padres se miraron aterrados. Hoy pienso que los ojos de él decían: "He hecho un gran sacrificio pecuniario. La niñera ha venido en un barco caletero, barato es cierto, pero de todos modos demasiado costoso para mis entradas. Un gran sacrificio. Y esta niñita empecinada..."

—Tiene demasiado sueño, explicó mi madre. Mañana será ya otra cosa.

Pasaron los días, los meses, un año. Y yo continué encastillada en mi actitud rebelde. "¿No entiende que es por su bien?" exclamaba mi padre. ¿No ve el beneficio que trato de hacerle? ¿No siente que es necesario, indispensable, saber inglés? Una lengua más es como un alma más". Y ante mi cabeza gacha y mi expresión taimada, se cogía la cabeza a dos manos murmurando: "¡Hav niños que son asnos! ¡Asnos!". Yo, entretanto, envidiaba la suerte de mi hermano que, después del colegio y en compañía de dos primos, daba lecciones con Mr. Bingle, inglés exuberante, juguetón y pintoresco, quien casi enseguida, fue también mi profesor.

—Bien, advirtió un día mi padre mirándome tercamente. Se quedará sin postre mientras no cambie de conducta.

—Si quieren contestaré "yes", pero nada más que "yes", transigí, exhalando uno de esos hondos suspiros que en los niños preceden al llanto.

Aquel "yes" fue el único vínculo entre mi personita y la inglesa que cada día se fue sintiendo en la casa más desorientada, más sola, con esa tremenda soledad del destierro, a lo que se unía el aislamiento de no poder hablar y de no poder oír. Ella no sabía español y nadie en la familia hablaba inglés. Terrible forma de prisión. Hasta que un día, viendo la inutilidad de su presencia en nuestro hogar, mi padre la embarcó de regreso a su patria.

Pobre Emily Hutchinson. Hoy cuando pienso en ti, algo vibra y se remueve en el fondo de mi corazón. Saliste un día de viaje, muy lejos, llevada por el urgente apremio de tu destino obscuro, dejando atrás los mínimos objetos y los recuerdos sin grandeza que hasta entonces te hicieron llevadera la vida. El cañamazo con su punto de cruz y su aguja, quedó inconcluso en el viejo cajón del armario. Y el toscos reloj de sobremesa, heredado de la abuela, cantó solitario las horas en la casa de pensión. Partiste hacia ambientes y climas hostiles y tu historia se entrelazó a la de todos los seres malogrados y anónimos cuya insignificancia se arrastra muriente y escondida. Son almas que nunca realizan la gran esperanza. Y —tú lo sabes, Emily Hutchinson— entre afanes y desarraigos, la vida pasa y se deshoja lentamente como un árbol olvidado del agua.

Los niños hacen sufrir sin saberlo. Más tarde, a través de un vidrio de aumento, miran el mal que causaron en su inconsciencia. Y darían un mundo por remediarlo. Pero no siempre pueden tocar las cenizas del pasado.

Hoy, no sé por qué, veo llegar desde el fondo de mi infancia a la inglesa errabunda con su absurdo sombrero y su figura enjuta. Y una inmensa piedad, un anhelo de pronunciar la palabra que mis labios de niño no supieron decir, sube en precipitados latidos desde mi corazón.

## MI ABUELA TUPPER

El escritor nacional Daniel Riquelme, en un párrafo de su crónica "La Revolución de 1851", se expresa en la siguiente forma:

"Durante todo el combate, Beltrán había combatido al lado de Gutiérrez en la bocacalle de San Isidro, adonde no se acercaban más que los cascos de granada y las balas de artillería. Allí fue herido en un brazo, pero tuvo la suerte de que, al caer, lo recogiera una joven que le pareció un ángel bajado del cielo. Era doña Flora Tupper de Bianchi que, en persona, andaba socorriendo a los heridos. En su casa había instalado una ambulancia donde curaron a muchos, etc."

Yo la recuerdo en una vieja mansión chata, dentro del barrio de la Chimba, sentada en un amplio y raído sillón de brocado morado y frente a una biblioteca angosta que llegaba hasta el techo. Sobre el suelo y sobre las mesas, se apilaban innumerables volúmenes de todos los tamaños y de todas las épocas. Los aposentos de esa vieja casa abrían a un triste jardín solitario en que, envueltos por la maleza crecían olvidados los rosales.

Era bajita, de facciones finísimas, y cuando la conocí tenía ya la cabeza nevada. Pero un gran retrato al óleo que siempre vi en nuestro hogar y que pintado por mi abuelo, pintor italiano de gran temperamento, la muestra joven, hermosa, con expresión absorta y fría, manos perfectas y rubios cabellos peinados en bandó. Los ojos azules, muy tranquilos, no parecían mirar sino pensar. Ninguna sensibilidad, ningún rasgo tierno o débil en esa fisonomía pura, llena de austeridad. Fue la digna hija del Coronel Tupper, aquel inglés de noble abolengo, de carácter heroico y aventurero, venido a Chile a

principios del siglo XIX y que por puro quiotismo abrazó la causa de los Pipilos contra los Pelucones, llegando a ser uno de los padres de la patria chilena. De él dijo Freire: "héroe al que Roma y Grecia habrían levantado estatuas...". Cobardemente asesinado después de la batalla de Lircay, dejó huérfanos a tres niños y viuda a una mujer de extraordinaria inteligencia, doña Isidora Zegers, que después se casó con Huneeus y que fue fundadora del Conservatorio Nacional de Música. Uno de los tres hijos del mártir de Lircay, era la abuela Tupper.

Criatura extraña, antes que todo cerebral, tuvo tan vasta ilustración que podía anotar los errores en cualquier libro de historia sin necesidad de consulta alguna. Hablaba como su propio idioma el francés y el inglés, don muy raro en aquella época, y poseía una vocación por las letras, que la llevó a escribir artículos en "El Ferrocarril" oculta bajo el pseudónimo de Tucapel Fanor, y hacer un "diario" de carácter objetivo que desarrolló hasta los últimos años de su vida.

Sus siete hijos —seis hombres, altos rubios, de claras pupilas, y mi madre, única mujer y la menor de aquella larga prole— no podían sentir gran cariño por aquella peregrina mujer que nunca supo acariciarlos ni comprenderlos y que en vez de facilitar el lado práctico de la vida y los domésticos afanes del hogar, vivía encastillada en medio de una montaña de libros, tomando notas y escribiendo sin tregua. Muchas veces, al volver del colegio y más tarde de la Universidad, se encontraron con que carecían de cocinera y almuerzo, y ante sus protestas la ovejón responder con calma: "¿Comer? Es cierto, hijo... No había pensado en eso". Hasta hubo una ocasión en que comprobaron que la mesa de comedor había sido obsequiada, aquella misma mañana, a una familia más pobre que nosotros".

Nacida en un hogar de gran brillo y riqueza, tuvo que soportar después de casada, crueles reveses de fortuna. Su marido, el joven pintor italiano, conocido en el salón de su madre cuando llegaba recién de Europa, era bohemio y artista, poco apto para administrar una fortuna y a quien el pincel no aportaba lo necesario para vivir. Pero ella marchó erguida junto a la mala estrella del esposo —"el elegido de mi corazón"—, según lo llama en su diario, sin envidiar la suerte de sus hermanos millonarios y sin exhalar una queja ni una palabra de nostalgia por la pasada opulencia. Tenía predilección por los humildes, por los mansos de espíritu. Y a pesar de su pobreza, que aumentó al quedar viuda, vivió protegiendo a otros más pobres que ella. Pero sus actos piadosos no se revestían de muestra alguna de ternura y eran regidos por una especie de íntima convicción y de mandato interno que inspiraba su vida.

Estaba dotada de una implacable, terrible sinceridad, que más que virtud era defecto y que le hacía imposible las relaciones humanas. Nunca aceptó formulismos ni transigió con la mentira, aún convencional o misericordiosa. Era una puritana. Esa intransigencia y otras características de su fuerte personalidad, la situaban fuera de los moldes femeninos de la época y sus contemporáneos la calificaron de "extravagante". Mantuvo, sin embargo, un reducido salón literario, frecuentado por algunos grandes de espíritu. Gravitó en él con su aspecto virginal, su erudición, su pasmosa memoria que no perdió ni en la más avanzada vejez.

No era una soñadora ni una romántica. Al contrario: verdadera estudiosa a la par que mujer de acción —cosa muy rara en aquella época de reclusión y oscurantismo para la mujer— poseía un cerebro de hombre, preocupado de pensamientos graves. Hoy habría hecho labor efectiva y brillante en la tribuna o en la cátedra. Entonces —a mediados del siglo diecinueve— sólo pudo desentonar en un medio tradicional y arcaico que sofocó sus aptitudes.

Sus treinta y ocho nietos, de diferentes edades, sentíamos un temor indiferente hacia esa abuela tan distinta de todas las abuelas, tan ausente de mimos, y cuyas extravagancias y falta absoluta de respeto humano, se nos narraban en las tardes de invierno, alternadas con cuentos de hadas. Advertíamos, con nuestro instinto de niños, que ella no necesitaba de nosotros y más tarde comprendimos que se había construido un mundo propio, sin fronteras, en el que dialogaba indefinidamente con sus autores predilectos.

Cuando llegaba de visita, baja, menuda, modestamente vestida, pero envuelta la alba y hermosa cabeza en una mantilla de encaje de Inglaterra, que heredara de la familia de su padre, los niños nos apresurábamos a esconder nuestros juguetes, pues sabíamos que, como tantas veces, se adueñaría de ellos para ir a repartirlos entre otros niños "menos felices que ustedes".

No esperábamos de ella ni ternura, ni caricias, ni preguntas. Jamás se interesó por seguir la trayectoria de esos múltiples cerebros infantiles que eran sus descendientes. En cambio, era valerosa hasta la temeridad y lo probó, no sólo en el episodio de la revolución de 1851, sino cierta noche que sintiendo extraños rumores en su antigua y aislada vivienda, se armó de un viejo fusil, salió al huerto, y ella, tan frágil de cuerpo, disparó, ahuyentando a los forajidos.

Pasaron los años y ya únicamente algunos espíritus estudiosos llegaban hasta su retiro a consultarla como a una biblioteca viva. Cada vez se fue quedando más sola. Los fieles amigos habían muerto; los otros abandonaron, uno a uno, esa existencia tan singular y tan pobre. Sus hijos, atareados en abrirse un camino, apenas tenían tiempo para cruzar el puente y llegar, del otro lado del río, a la vieja casona de la Chimba que albergaba a esa madre extraña, fría, absorta siempre en las amarillentas hojas de los libros. Cada día se fue quedando más sola y hubo veces, me imagino, en que únicamente los claros vidrios de la ventana recibieron la confianza de su mente llena de sabiduría.

La última vez que la vi estaba así: sentada en el eterno sillón de brocado morado, junto a la claridad de la calle, con un lápiz entre los dedos ágiles y un papel a medio escribir sobre la falda. A sus pies brillaba el enorme brasero de bronce labrado, cuyos carbones encendidos esparcían siempre en el ambiente de la pieza el olor peculiar, exquisito, del alucema. Desde la acera, antes de golpear con el pesado aldabón a la vetusta puerta de la casa, mi madre y yo miramos la ventana y la vimos con la frente pensativa apoyada en el cristal, contemplando la acera humedecida de lluvia, la larga calle triste, sin nostalgia ni pesar en los ojos azules, con esa impasible y lejana frialdad habitual que acaso fue sólo un disfraz para ocultar a las miradas de un mundo incomprensivo la orfandad y la desdicha irremediable.

Días después, sin emoción, los niños nos fuimos repitiendo como un eco la frase transmitida por los padres: "Murió la Meme... murió la Meme...". Con esas palabras enterramos en la bruma del pasado la imagen de la abuela. Y nunca, a lo largo del camino, la hemos vuelto a encontrar.

# “Otra Comarca”

De María Flora Yáñez

La infancia perdida ha sido evocada por María Flora Yáñez en este libro, “Otra Comarca” con vuelo artístico y valor humano. Son, ciertamente, visiones de una infancia agradable, a pesar que la muerte aparece en estas páginas con demasiada frecuencia. No pierde por ello la compostura quien narra y sigue con el relato como si nada hubiera sucedido. Quedan, sí, sombras que se proyectan contra la luz que despiden otros capítulos.

María Flora Yáñez, observadora perpicaz, anota muchos rasgos que a otros, con menos escrupulosidad se les habrían escapado. Adviértese agudeza en las anotaciones, tono meditativo, juicios sobre terceros que caen con honra, transmisión de emociones, en fin, todo cuanto caracteriza la psicología de una mujer que conserva del pasado variadísimos recuerdos. Preside “Otra Comarca” una velada melancólica; a lo largo de él se han hecho directas referencias a hermanos, parientes, amigos y conocidos de la autora que desaparecen o sufren embates de la vida. Al rememorar hechos pretéritos, María Flora Yáñez ha vertido expresiones que denotan exquisita sensibilidad femenina.

Pero no se crea que este es un libro monocorde. Si esa es su característica esencial no es menos efectivo que se han combinado las situaciones patéticas con las humorísticas. Léase el caso de “La Inglesa”.

Era una intitutriz de esa nacionalidad traída especialmente para que le enseñara su idioma a la autora. Pero ella se obstinó en considerarla inexistente; pasó el tiempo y como no fluyera pizca de simpatía entre maestra y discípula, aquélla fue enviada de regreso a su patria. Hoy la culpable de esa determinación demuestra un tardío aunque expiatorio arrepentimiento. Escribe: “Los niños hacen sufrir sin saberlo. Más tarde, a través de un vidrio de aumento, miran el mal que causaron en su inconciencia. Y darían un mundo por remediarlo. Pero no siempre pueden tocar las cenizas del pasado”.

Ese pequeño drama mirado desaprensivamente no indica gran cosa pero calibrando su real dimensión y en último término de piedad pueden configurar una fisonomía indiferente ante la angustia ajena. Lo mismo puede decirse de “Remordimiento”; pero ya “Carolina” representa otra postura más humanizada.

El rasgo, enteramente opuesto: el jilguero de Chin, sacado de su jaula en ausencia de su dueño y que vuela lejos ante la consternación de los niños, que esperaban la irritada reacción de aquél. Los compañeros de la culpable, María Flora Yáñez, peroraron ante Chin, inventaban excusas, ofrecían desagraviario, pero él quería su ave predilecta y antes de retirarse le expresa, a modo de condenación: “Te odio”.

Algunos encontrarán pueril, acaso ingenuo, referir este suceso. Pero no: “Otra comarca” está muy lejos de contener un vuelo trascendental, antes bien es una proyección de “pequeños hechos significativos”, los cuales, a su medida, dan la tónica del conjunto. María Flora Yáñez ignora, por suerte, el rebuscamiento o la afectación; “Otra comarca” responde a una sola línea, apacible y plácida sin que entren en juego violencias inmotivadas. Quien lo suscribe, con estoica serenidad vuelve su mirada al pasado que depara por igual alegría y desencanto, extrayendo imágenes que integra armónicamente, en adecuada sucesión.

Esta facilidad para adentrarse en el mundo infantil no sólo es privativa de María Flora Yáñez. Su hermana, gran escritora y educacionista, Gabriela Yáñez de Figueroa, brindó en “Niños en soledad” uno de los libros más genuinamente conmovedores de la literatura chilena, una compleja galería de seres menudos afigidos por pernicioso aislamiento.

Al juzgar la primera edición de “Visiones de infancia” ahora reeditada por tercera vez con el título de “Otra comarca”, el eminente crítico don Ricardo Dávila Silva notaba, con acuciosidad “tanto más que en cualquier anterior libro suyo éste la revela a Ud. como aguda conocedora de las almas, comprensiva de múltiples evoluciones, y capaz de desentrañarlas y esclarecerlas en sus más profundas y recónditas raíces. Y esto es virtud de un don de poeta que veo infuso en sus obras todas. El hecho es que en estas páginas hallo más de una imagen, más de un vigoroso pensamiento en que se condensan una emoción o una idea”.

El admirable exégeta que fue don Ricardo apercibió a primera vista el rasgo esencial que predomina en este simpático libro de María Flora Yáñez, el cual si hubiera sido sometido a la consideración de don Eliodoro habría recibido la más paternal y favorable de las acogidas.

Con el título de "Otra Comarca" ha aparecido hace poco la 3.a edición de "Visiones de Infancia", obra de María Flora Yáñez, que obtuvo el Premio Atenea y gran éxito de crítica en su primera edición. Se trata de una autobiografía llena de hondura y de imágenes que muestra el rostro de una época. A "Otra Comarca" pertenecen estos capítulos.



# "Otra PATRIMONIO UC comarca"

**N**OCHE A NOCHE se recibía en nuestra casa, esa ancha casa que perteneció en otro tiempo a uno de los ilustres hermanos Gallo. Los salones abrían a un patio pompeyano, con frescos azules en las paredes, un surtidor al centro y, en cada esquina, cuatro frondosas matas de camelias. Recuerdo aquella etapa y la veo como maravillosa tapicería destacada sobre un fondo de música: Duncker, mi profesor de piano; las sonatas de Beethoven que él tocaba y que empezaba a enseñarme; los acordes de la Patética y la Appassionata envolviendo la casa, saturando el ambiente de sonoridades que se fundían en el aire hasta mezclarse al color gris de esas salas pobladas de fantasmas. Porque ¿qué otra cosa que fantasmas son ya los seres perdidos para siempre y que noche a noche actuaron en el universo de mi infancia? Creía yo, en aquel despertar de la primera adolescencia, que las relaciones humanas eran eso: plática de comensales sobre un fondo de música. Todo cambió. Y hoy, en el angustioso y acelerado ritmo de un mundo inestable, ya nadie puede crear esas atmósferas sugerentes y un poco inmó-

viles que parecían sujetar la marcha del tiempo.

Aquellas reuniones nocturnas eran el corolario de mis días bulliciosos, en la magnífica y salvaje libertad de los juegos sin fin, con las compañeras de colegio, con los niños de las casas vecinas, dentro de los patios y jardines perfumados a naranjos en flor que nos parecían demasiado pequeños para cobijar nuestra exuberancia. Al caer las primeras sombras del crepúsculo la comparsa de niños se recogía. Una hora para hacer las tareas, otra para comer y después, sería, posesionada de mi papel, yo penetraba a la recepción cotidiana de mis padres como a un templo.

Mi padre era para nosotros una divinidad algo lejana. Lo sentíamos distante y temible. Mi madre, con su sola presencia, creaba un ambiente cálido y acogedor. Presidía con extraordinaria sencillez, sin abandonar el bastidor de malla o los palillos de tejer, vestida siempre de oscuro y, sobre los hombros, un chal ligero o una clara echarpe. A las once de la noche servía ella misma el té tradicional, moviendo entre las teteras sus manos